

Vigésimo segundo domingo durante el año, ciclo B

29 de agosto de 2021

Mario Michiaki Yamanouchi

Obispo de la diócesis de Saitama

Hermanos y Hermanas:

A lo largo de este “tiempo de tribulación” (Papa Francisco) provocada por pandemia a toda la humanidad, he venido meditando en la Palabra de Dios que nos propone la liturgia de cada domingo, ayudado por las reflexiones compartidas por diversos equipos de estudios bíblicos como de las homilías de obispos y sacerdotes del mundo.

Creo que, cada vez que leemos o escuchamos las tres lecturas y el salmo responsorial, de la misa dominical, tratamos de descubrir cómo debemos vivir hoy en medio de los acontecimientos mundiales y regionales. La Palabra de Dios, si bien relata hechos del pasado, siempre tiene un mensaje para los hombres y mujeres de hoy.

Nuestra actitud ante el desafío de la humanidad hoy

Ante tantos problemas y desafíos que la humanidad actual sobrelleva, como por ejemplo, a causa de la violencia no se puede vivir en paz o por los fuertes cambios climáticos, cientos de miles de personas tienen que desplazarse a otros lugares o países. Pareciera como que el mundo, en general, está muriéndose por el deterioro provocado por la avaricia económica y el deseo de poder de tantos grupos que quieren dominar al mundo según sus ideologías. Es la eterna pregunta que la humanidad viene haciendo, del intento del mal que intenta controlar a las fuerzas del bien y ser los dueños del mundo. Pero, no es así, a pesar de las noticias que también tratan de mentalizarnos de cómo es la situación del mundo, hay tantas fuerzas del bien que no forman parte de las noticias. Cuando miramos los breves programas, a través del YouTube o de otros medios de comunicación digital, no nos resulta nada fácil tener una visión equilibrado sobre los acontecimientos y sus interpretaciones. En todas las cosas humanas siempre podemos encontrar errores o fallas, pero en medio de la oscuridad debemos mirar más las luces, los movimientos solidarios y las actividades que buscan mejorar la convivencia humana unida a la defensa y el cuidado de la naturaleza como obra creada por Dios.

Como un faro que guía a los marinos para llegar seguros al puerto, la Iglesia Católica a través del liderazgo mundial del Papa Francisco, quiere y debe ser ese faro de luz, especialmente, para los que tienen en sus manos la responsabilidad de constuir un mundo dispuestos a ayudarse lo más pronto posible ante las devastaciones climáticas o de las desesperaciones de tantas personas que buscan un refugio para vivir a causa de

las guerras y violencias de todo tipo.

Primera lectura: Deuteronomio 4.1-2,6-8 Cómo ser un pueblo sabio, una gran nación.

Es antigua la tentación de considerar que lo más importante de una religión está en el cumplimiento de formalidades rituales, más que en aprender a respetar y convivir con personas de diversas lenguas, costumbres y religiones. También esta tentación acompañó al pueblo de Israel, el pueblo de la Biblia permanentemente. Como nos recuerda el Salmo, no son los muchos ornamentos ni el boato de las celebraciones lo que nos eleva a Dios, sino la justicia, la honestidad, la recta intención y el respeto, la tolerancia. Anunciar la justicia y vivirla en el día a día, constituye la exigencia fundamental de las Escrituras judeocristianas –y en eso coinciden con tantas otras Escrituras de otras religiones–. Los rituales, las prescripciones, las ceremonias... pueden ayudar a continuar por el camino de Dios, pero no pueden sustituirlo. Por esta razón, la exhortación que Moisés dirige a su pueblo se centra en la necesidad que tiene el pueblo de Dios de hacer una clara opción por el Dios de la libertad y de la justicia que los ha sacado de Egipto. De lo contrario, el sueño de la «tierra prometida» se puede convertir en una pesadilla y de hecho Israel como pueblo ha pasado por esos muchos momentos, como hasta de perder su propia patria y por muchos siglos vivió exiliado, dispersos por diversos países de Europa como de América.

Segunda lectura: Carta de Santiago 1.17-18,21b-22,27

También los primeros cristianos experimentaron en carne propia la amenaza del formalismo y el ritualismo. Después de un tiempo de dedicación y fervor por la misión, los ánimos comenzaron a ceder y la comunidad se vio rápidamente atraída por las relaciones puramente funcionales y formales. De este modo se comenzaba a perderse la fraternidad que les daba identidad y coherencia.

Por su parte, también la carta de Santiago nos pone en guardia contra una religión que no encarne los valores del Evangelio. La palabra escuchada en la Sagrada Escritura debe ser meditada, para vivirla dócilmente en la vida cotidiana.

Evangelio: Marcos 7, 1-8,14-15,21-23

Aunque el libro del Deuteronomio -que Jesús sigue muy de cerca- propone como religión una serie de principios éticos orientados a crear lazos de solidaridad, equidad y justicia, sin embargo, el judaísmo del primer siglo estaba más inclinado a valorar las formalidades. Lavarse o no lavarse las manos antes de ingerir alimentos, había pasado, de ser una norma elemental de higiene, a convertirse en una norma que dirimía quién

era religioso y quién era un pecador. La tentación de canonizar los objetos, los rituales, los espacios y el tiempo pueden hacer olvidar a una persona piadosa que la esencia de su relación con Dios no está en los protocolos culturales, sino en el respeto, la compasión y la misericordia.

No tengamos miedo ni vergüenza de ser cristianos hoy, al contrario, que sintamos la alegría de vivir y anunciar el mensaje de Jesús, a través de nuestros gestos de misericordia hacia con los más necesitados y de ser respetuosos y tolerantes con aquellos que son muy distintos a nosotros.

Terminemos pidiendo la protección de los padres de Jesús, de María y José, para que sepamos convivir como buenos cristianos y también como buenos ciudadanos, abiertos a toda clase de personas.